

forzar la puerta de su cuarto, horas y horas estaba en espera de verle sin fruto. De este modo sir Hudson Lowe se había creado grandes embarazos con la expulsión del doctor O'Meara, y largas conversaciones tuvo con Mr. de Montholon sobre la materia: — ¿Qué queréis que haga? Le decía sir Hudson Lowe; si alijo, se me acusa en Europa de ceder á un ascendiente, al cual no resiste nadie; y si resisto, me acusáis de barbarie. — Todas vuestras precauciones, respondía Mr. de Montholon, para impedir una evasión, en que Napoleón no piensa de ningún modo, le han llegado á pesar como insoportables molestias, y son la causa de la reclusión en que se obstina en vivir días y días. Cuanto más acrecentéis vuestras precauciones, más le obligareis á encerrarse, más dañareis á su salud, y más responsabilidad moral contraereis así en lo presente como para lo futuro. Ahora queréis saber si está en Longwood á toda costa, y lo queréis saber todos los días. Para esto menester hubiera sido que le dejarais el doctor O'Meara. De voluntad propia os privásteis de tan cómodo testigo, y ya os veis en la necesidad de fiaros en mi palabra, en mi deseo de facilitar vuestra tarea y la nuestra. Si tratáis de emplear la fuerza, detrás de la puerta de Napoleón nos encontrareis á todos, y vuestra sangre y la nuestra expiarán el ultraje que vayais á inferir á su persona. Así, os lo suplico muy de veras, no os mezcléis en nada, y contad conmigo para proporcionar á vuestro oficial de guardia las ocasiones de ver á su prisionero, sin ofenderle de ningún modo. — Con efecto, cuando Napoleón mudaba de sitio, para pasar de una pieza á otra, Mr. de Montholon avisaba al oficial de

servicio, para que le viera con sus propios ojos, y gracias á la habilidad de un servidor fiel é inteligente se evitaban así muchos conflictos.

Napoleón se debilitaba rápidamente con abstenerse en no salir de su morada, y en tomar baños muy largos para aliviar el dolor de que se resentía en el costado derecho. Poco despues se le hincharon las piernas, y en las extremidades experimentó un frio persistente, no costando poco trabajo combatirlo, merced á la aplicación de un calor exterior y prolongado. Su pulso siempre había sido muy lento, pues en su estado ordinario apenas contaba cincuenta y cinco pulsaciones, lo cual revelaba una circulación muy difícil de la sangre. Con su rara perspicacia médica, ya el célebre Corvisart había pronosticado á Napoleón que, si alguna vez dejaba de hacer vida activa, se resentiría gravemente, dado que la circulación ya laboriosa de suyo, se haría mas todavía, trayendo consecuencias muy fatales, como la hinchazón de piernas, el frio en los pies, etc. Al ver cómo se realizaban los pronósticos del médico eminente, no mostraba Napoleón ninguna pesadumbre, antes por el contrario, parecía que así viese la hora de su libertad muy cercana. No obstante, conservando su fuerza el instinto de la naturaleza, vivamente instado por Mrs. de Montholon y Marchand se avino á dar algunos paseos á caballo. Se le ofreció un caballo pequeño y dócil hasta lo sumo, lo admitió con agrado, y montólo para hacer algunas correrías. Ya se estaba casi á fines del año de 1818, por consiguiente se avanzaba hácia la buena estación en el hemisferio austral, y Napoleón experimentó en estos paseos un goce inesperado. Con el goce vino



la mejoría, y sintió reanimadas sus fuerzas. Por el mes de enero de 1819 semejaba restablecido: su tef estaba menos plomiza, sus ojos se mostraban menos apagados y sus piernas menos hinchadas. Marchand, que le amaba como á un padre, le manifestó su alborozo.—Hijo mío, le dijo Napoleon, pues ya le empezaba á dar tal nombre, mucho me conmueven tus demostraciones; pero no incurras en engaño, este es un último fulgor de salud. Mi fuerte constitucion hace el postrer esfuerzo, tras del cual sucumbirá sin duda. Asi me veré libre, y tú lo quedarás de igual suerte. Entonces volverás á Europa, y de mi cuenta corre que seas dichoso.

Una circunstancia moral contribuyó á esta mejoría pasajera. En el estado de languidez de que acababa de salir por entonces, Napoleon casi habia abandonado el trabajo. Ya no habia pensado en dictar la relacion de sus campañas. Se hubiera dicho que le hastiaba su propia vida, y que abandonaba á la posteridad el cuidado de su gloria. A su rededor tenia esparcidos y revueltos algunos centenares de tomos, ora cogia uno, ora tomaba otro, y los soltaba sucesivamente, por ser tal su abatimiento que no le interesaba ninguno. De súbito cayeron en sus manos libros históricos y relativos á los grandes capitanes de todos los tiempos, y de ellos apoderóse con avidez suma. Aun cuando habia recibido una educacion excelente, no sabia mas que de un modo muy general la historia de Federico el Grande, de Turena, de Condé, de Gustavo Adolfo, de César, de Anibal y de Alejandro. Poderosamente le atrajo la vida minuciosamente escrita de estos eminentísimos varones. Sus fuerzas físicas se hallaban casi restablecidas del todo,

y con sus fuerzas físicas tambien sus fuerzas intelectuales. De consiguiente era capaz de una atencion sostenida, y desde este instante sintióse poseído de una ardiente curiosidad respecto de las acciones de los capitanes famosos. Tal estudio tenia naturalmente para su persona una significacion que no hubiera podido descubrir nadie, y curioso mostróse por medir exactamente los pasos que sus predecesores habian dado en la carrera de las armas, para darse cuenta de los que habia dado por sí propio. Muy luego sus miras adquirieron mayor ensanche, y así determinó escribir la vida de los capitanes ilustres, constituirse en juez suyo, juez el más competente que pudieran hallar nunca, formar así una historia animadísima á la par que profundamente docta del arte militar, de este arte que habia sido su pasion y su gloria, y que en union de la politica es el más grande que pueden ejercer los hombres. Cosa extraña y para el genio de Napoleon sumamente honrosa, á contar desde este momento prescindió de sus propias acciones, de las cuales no habia referido mas que una mínima parte, y prendóse de las acciones ajenas, y de plano se consagró á los capitanes antiguos y modernos. Catinat ocupóle antes que otro alguno, y le halló á su ver *encarecido por los filósofos*; mas al pasar á Turena y á Condé expresó que *era forzoso rendirse al mérito*. Turena especialmente le inspiró estimacion muy grande. A Federico, á Condé, á César, llegó despues el turno. Careciendo de libros especiales, los envió á pedir en seguida, y enterado sir Hudson Lowe de este nuevo estado de su espíritu, y muy satisfecho de que pensara en



otra cosa que en una evasión de la isla, se dió á buscar libros relativos á la historia del arte militar en la biblioteca de Plantation House. Los halló con efecto, y á Longwood remitiólos al punto. Napoleón aplicóse al trabajo con su afán de costumbre, y muy luego profundizó tres vidas, la de César, la de Torená y la de Federico. Además queria estudiar y escribir las de Condé, del principe Eugenio, de Malborough, de Gustavo Adolfo, de los Nassaus en los tiempos modernos, y las de Alejandro y especialmente de Anibal en los antiguos. De estas grandes vidas descenderia á otras menores, si para tanto le alcanzaba la suya propia. Pero demandaba libros, y con particularidad á Polibio, que no tenia á la mano, lo cual le contrariaba por extremo, pues en las mismas fuentes hubiera anhelado beber nociones acerca de Anibal, hácia el cual experimentaba una admiracion profunda. Poseyendo los *Comentarios* de César, fáciles de hallar en todas partes, hasta sobre la roca mas aislada del Océano, ya pudo juzgar la vida del gran capitán romano, sobre quien á Marchand dictó páginas inmortales á causa de los dos Césares, del héroe que las dió asunto y del autor de ellas.

Pero la mejoría obtenida á principios del año de 1819 no se sostuvo por desgracia. Napoleón comenzó á sentir nuevos y mas violentos dolores de estómago, una gran repugnancia á los alimentos, y una extremada dificultad en las digestiones. A menudo vomitaba materias negras, y hasta una vez cayó en un largo desvanecimiento. A bordo del navio *Conquistador* habia un médico distinguido, llamado John Stokoe, á quien se envió á llamar de prisa sin consultar al ilustre enfermo, y

que no desagradó de ningun modo, á causa de no parecer un emisario de la policia de sir Hudson Lowe. Napoleón le hizo buena acogida, aunque manifestándole su incredulidad acostumbrada, particularmente respecto de la medicina inglesa.—Este es mi fin ya cercano, le dijo tranquilamente, y mis bebidas calmantes valen mas que todo lo que podais recetarme.—El doctor Stokoe repitió las visitas, pero los motivos que le habian valido la confianza de Napoleón le hicieron perder la de sir Hudson Lowe, y ya no se le permitió ir á Longwood á menudo. Además á Europa se habia enviado á pedir un médico, y algunos criados, y uno ó dos sacerdotes, de que se carecia en Santa Elena, hasta el punto de que, habiendo pasado uno de los criados de Napoleón de esta vida, para hacerle las honras fúnebres hubo que recurrir á un ministro protestante. Al cardenal Fesch se encargó la eleccion y el envio de los sacerdotes. Sus antiguas relaciones con las cortes europeas le debian proporcionar facilidades que no hubieran podido esperar los demás individuos de su familia.

Mientras aguardaba estas próximas llegadas, Napoleón se hubo de doler de otra partida, que le fué aun mas sensible que todas las anteriores. Mad. de Montholon con su espíritu afectuoso habia contribuido mucho á dulcificar su cautiverio, pero sucumbia á la influencia del clima, y los médicos ingleses reconocieron que padecia de una enfermedad del hígado ya muy adelantada. También temió por sus hijos, y su partida se hizo de necesidad absoluta. Napoleón queria que Mr. de Montholon la sirviese de compañero de viaje, pero viendo éste el estado de su soberano, se negó á



separarse de su compañía. De consiguiente madama de Montholon se embarcó en union de su prole, si bien Napoleon conocia de sobra que pronto se veria obligado á enviar al marido al lado de la esposa, y que, necesitando Mad. Bertrand dar á sus hijos una educacion europea, tampoco tardaria en alejarse de aquel punto, acompañada verosimilmente por su esposo. Se le alcanzaba que, aun cuando la adhesion fuese muy grande, en los deberes de familia hallaba un término obligatorio; no exhalaba la mas leve queja, y se decia que para no estar solo tendria que abandonar la vida antes de mucho. Con efecto, veia que se acercaba la hora de abandonarla al cabo, y lo veia próximo sin temor y sin pesadumbre.

Tornando la enfermedad como á fines de este año de 1819 á seguir su curso, lento á la par que progresivo, Napoleon volvió á la vida sedentaria. De resultas gran trabajo costaba al oficial de servicio asegurarse de su presencia, y las prescripciones de lord Bathurst, que exigian su comprobacion cotidiana, no podian ser observadas de ningun modo. Sin embargo de que pasaban muchos dias sin que se comprobara su presencia, asi el movimiento de los criados en torno de la alcoba del enfermo como las sollicitas atenciones y las visibles inquietudes, no podian ser una comedia ensayada para ocultar una evasion suya, y el oficial de guardia se contentaba con este género de pruebas. Siempre se debieron tener por bastantes, pues en el estado en que Napoleon se hallaba ahora, aun cuando se abrieran las puertas de su encierro, difficilmente las traspusiera para salir á respirar un aire mas puro. Con todo, las órdenes reiteradas de

lord Bathurst embarazaban á sir Hudson Lowe. Asi recurrió á un arbitrio ingenioso, aunque poco digno, de comunicarse con su prisionero. Al gran mariscal Bertrand se habia dirigido siempre la correspondencia; discurriendo lord Bathurst que esta manera de proceder aun dejaba á Napoleon bastante en actitud de soberano, al fin dispuso que se le remitieran directamente las comunicaciones que le fuesen destinadas. Este era un medio seguro de ver á Napoleon cuando se tuviera por oportuno, y sir Hudson Lowe determinó hacer el ensayo. En su virtud despachó á Longwood un oficial á caballo, el cual presentóse muy respetuoso, solicitando entregar un pliego á *Napoleon Bonaparte*. Dirigido fué á Marchand, que conociendo la costumbre y sospechando que se tratara de quebrantarla actualmente, declaró que todo mensaje debia ser dirigido al *emperador Napoleon* por conducto del gran mariscal Bertrand. Despedido fué el oficial de este modo, y Mr. Marchand apresuróse á poner esta tentativa en conocimiento de su amo. Inmediatamente Napoleon mandó á sus criados que negaran absolutamente su puerta á toda persona, y previendo que tratarian de violentarla acaso, de seguida tomó una resolucian á lo Carlos XII, expresándose en esta forma.—Tanto dá morir aqui en una tragedia para defender nuestro decoro, como sobre una cama de enfermo.—Mandó cargar sus pistolas, previno á sus gentes que hicieran lo propio, y decidióse que todo el que tratara de forzar la puerta del emperador recibiera una bala en la cabeza.

Con efecto, sir Hudson Lowe presentóse con todo un estado mayor en su compañía, tras de ha-



de sus razonamientos, y manifestóle como á todos los de la profesion suya, que por su parte *queria morir de la enfermedad y no de las medicinas*. Le recomendó que visitara los hospitales de la guarnicion, para estudiar allí las alteraciones orgánicas producidas por el clima en los europeos, indicándole que allí podria adquirir algunas luces provechosas para el cumplimiento de su cargo. Después habló con los dos sacerdotes, y á uno y otro halló tan sencillos como ignorantes. — De sobra reconozco á mi tio Fesch en estas elecciones, exclamó de seguida ¡siempre el mismo talento y el mismo juicio! Este médico no sabe nada creyendo saber mucho, y enviarme doctor semejante, á mí que solo á Corvisart daria oídos, realmente es trabajar en valde. Respecto de los dos sacerdotes, con ellos he hablado sobre materias religiosas, (porque ¿de qué asuntos se ha de platicar cuando la muerte está cercana?) *pero á la conversacion primera hélos ya fuera de combate*. Yo necesitara un eclesiástico docto, con quien pudiera discurrir á mi sabor sobre los dogmas del cristianismo. A la verdad no me hubiese hecho mas creyente en Dios que lo soy ahora, si bien quizá me edificase relativamente á algunos puntos de la creencia cristiana. ¡Tan dulce es acercarse con la fe absoluta de los católicos al sepulcro! Pero no puedo esperar nada parecido de mis dos sacerdotes. Sin embargo, á lo menos servirán para decirme la Misa. —

En Longwood habia un comedor espacioso, del cual Napoleon ya no hacia uso, porque desde las desavenencias ocurridas entre sus amigos, ya almorzaba y comia solo, á fin de no poner á uno enfrente de otro á la hora de la mesa. No obstante,

Mr. de Montholon desde la partida de su esposa le acompañaba en las comidas, que hacia dentro de uno de los dos cuartos, donde pasaba la existencia. Transformado fué de orden suya el vasto comedor en oratorio, y allí quiso que todos los domingos se celebrara Misa. A nadie obligaba á asistir á ella, si bien aprobaba á los asistentes, que eran los mas sin duda, y singular encanto hallaba en esta Misa, dicha sobre una desierta roca los domingos todos, y que se ligaba á todos los recuerdos de su infancia avivados á un mismo tiempo. Jamás se le oia reñir á nadie por haber faltado á este deber religioso, pero no consentia la menor palabra inconveniente sobre este asunto. Habiéndose propasado el jóven Antomarchi á proferir algunas frases, que fueron de su desagrado, le reconvino con dureza, diciendo que por su parte admitia que se fuera ó no se fuera creyente, de lo cual nada deducia en favor ni en contra de nadie; pero que no toleraria de ningun modo la falta de respeto hácia la religion mas venerable del género humano, y que era la religion nacional de los italianos como de los franceses. Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de autoridad que no admitia réplica alguna, y menos ante un hombre á quien no se podia replicar ni aun en Santa Elena. Napoleon dijo además dirigiéndose á los que presenciaban esta escena. — ¿Sabeis dónde irán los hombres que no van á Misa? Pues irán á casa de Cagliostro ó á casa de Mad. Lenormand; y la Misa vale mas á todas luces. —

Con el buque, á cuyo bordo fueron el médico y los dos sacerdotes, asimismo llegaron varios cajones de libros. Débil y todo, Napoleon quiso que



fuesen abiertos en su presencia. Tras de revisar una parte de los tomos, se le oyó expresar que allí debía haber alguna otra cosa, porque á un padre nunca se le enviaban solamente libros. Con efecto, en el fondo de uno de los cajones iba oculto un retrato del duque de Reichstadt, sacado del original y con que se pudo hacer el príncipe Eugenio. Napoleon asíolo con transporte, lo contempló durante largo tiempo, y despues lo hizo colocar en su cuarto, de forma de tenerlo siempre á la vista. A la revision de los libros tornó luego, no dió con el ejemplar del Polibio, que por ser el principal historiador de Anibal había deseado tanto, y lo sintió en el alma. Referentes á la historia contemporánea encontró muchas obras: las leyó con anhelo, ora moviéndole á la risa, ora excitándole al enojo, y se dedicó á cubrirlas de notas.

De dia en dia su salud inspiraba mayor cuidado, y una sola cosa de cuantas le dijo el doctor Antomarchi produjo alguna impresion en su mente, por coincidir con lo que le habian repetido los doctores O'Meara y Stokoe, y con lo que habia experimentado por sí propio, á saber, que el ejercicio le era indispensable, y que para su curacion no habia otro remedio. Esta medicina era efectivamente la que le infundia alguna confianza, pero siempre sentia la misma repugnancia á salir seguido por un oficial á caballo. Entonces manifestó el doctor Antomarchi que el ejercicio de la equitacion era excelente, pero que habia otros, y que tambien le seria muy sano cavar la tierra. Este fué para Napoleon un verdadero rayo de luz, que le proporcionó algunos buenos ratos, los últimos ya de su vida.

Inmediatamente resolvió dedicarse á este nuevo ejercicio, y á imitar su ejemplo obligó á toda la colonia. A la sazón entraba el año de 1820 y habia un magnífico tiempo. Napoleon quiso que en Longwood madrugaran todos á imitacion suya, levantándose á las cuatro de la mañana, y que tomaran el azadon para trabajar en el jardin ó huerto. Nadie estaba exento de tal servicio, y bajo su direccion trabajaban todos, desde Mrs. de Montholon, Bertrand y Marchand hasta los últimos criados y aun los chinos. A todos sus compañeros agradaba ocupacion semejante, como que les distraía algun tanto de los hastios del destierro, pero aun cuando no fuera de su gusto, se prestaran á ella de buen grado, al ver que sentaba muy bien y divertía á su señor ilustre. Efectivamente, á la vuelta de poco tiempo su mejoría fué visible, y al modo que á fines del año anterior, se podia esperar un restablecimiento durable, estando su tez menos livida, sus piernas menos hinchadas, y siendo menor su repugnancia á tomar alimento y sus vómitos menos frecuentes. Ya de muy atrás habia dejado Napoleon de usar uniforme, no conservando mas que el calzón blanco y la media de seda, y poniéndose encima una levita de paisano. Ahora adoptó el traje de los plantadores. Vestido de una tela blanca y ligera de la India, cubierta la cabeza con un sombrero de paja, y con un palo en la mano, como verdadero oficial de ingenieros dirigía las obras. Su primer trabajo consistió en un espolon de tierra encespedada, que opuso al viento del Sudeste, y que muy luego fué de suficiente altura para poner á resguardo, así el jardin como la casa. Luego transplantó árboles á aquel recinto,



limoneros, y con especialidad una encina, árbol que deseaba tan anhelosamente, y que es el único que ha sobrevivido en aquel jardín cultivado por sus gloriosas manos. Careciendo de agua, la hizo llevar de un receptáculo construido de orden de sir Hudson Lowe á la falda del pico de Diana. Esta agua con habilidad conducida al jardín de Longwood cubriólo en breve de verdura, pues bajo estos climas devorantes, si al sol se junta el agua, la vegetación crece á vista de ojo. A la vuelta de poco tiempo ya hubo legumbres, y Napoleon complacióse en hacer que fueran servidas á su mesa. Enterado sir Hudson Lowe de los nuevos gustos de su ilustre cautivo, se apresuró á brindarle con plantas, instrumentos agrícolas y operarios. Napoleon aceptó una parte de estas ofertas, y al cabo de dos meses, y gracias á los esfuerzos de toda su casa, ya el jardín había cambiado completamente de aspecto, y á la par del jardín su salud y su temple. Desde las cuatro de la mañana trabajaba y hacía trabajar hasta las diez ó las once, cuando ya el calor era muy molesto. Entonces almorzaba debajo de una tienda con sus gentes sentadas á dos mesas, una para sí y sus principales compañeros de destierro, otra para sus criados. Despues tomaba algun descanso, y hacia que lo tomaran todos, y por último dictando ó prosiguiendo sus lecturas acababa el día.

Al siguiente volvía á comenzar con el afán mismo, y en esta animacion de espíritu, que no había de durar sino tiempo bien corto, se le tornaba á ver alegre, afable, y alternativamente ingenioso ó profundo. A veces, con motivo de la vegetación ó de algunos insectos, acerca de Dios y de

la creación se elevaba á las mas sublimes y elocuentes consideraciones. Otras veces traducía en imágenes vivas y pintorescas las verdades físicas patentes á sus ojos por la simple observacion de los hechos. En la raíz de un árbol tocó el azadon de uno de sus criados chinos al ahondar un canal de riego, y como le señalase Marchand el daño, Napoleon dijo lo siguiente.—Si tuvieras hambre y detrás de ti se sirviera una comida succulenta, de fijo te volvieras al punto para satisfacer tu apetito, pues ese árbol hará lo propio. Sus raíces, á que ha sido fuerza tocar ahora, hácia atrás se extenderán de seguro, y despues de haber sufrido momentáneamente recuperará su lozanía.—

Trabajando así con sus manos, otra vez se pudo aplicar á sus trabajos de cabeza, pues con la recuperación de la salud debida á su vuelta á la vida activa, se había reanimado su espíritu de una manera muy notable. A la sazón dictaba la vida de César ó ponía notas muy sorprendentes á ciertas obras contemporáneas que se le habían remitido de Europa. Ya había anotado las obras de Mr. de Pradt, ahora, á principios de 1820, se dedicaba á anotar la obra escrita sobre los Cien Días por Mr. Fleury de Chaboulon, jóven animado de las mejores intenciones, bien que hablando á menudo de lo que no sabía ó no se hallaba á sus alcances. A las páginas de esta obra Napoleon añadió notas llenas de indulgencia para el autor, y de curiosas revelaciones para la historia. Tambien le daba ocupacion muy distinta por entonces otra obra de mucha mayor importancia, la del general Rogniat sobre los principios de la guerra. Oficial de ingenieros había sido el general Rogniat y de los mas distinguidos;



pero su espíritu malévoló y poco justo deslucía sus cualidades militares. Además de ser quimérica en mucha parte su obra, se resentía de ser un acto poco generoso contra el ilustre cautivo de Santa Elena, á quien habia servido con sumision antes, y ahora denigraba sin miramiento alguno. A verdadera ira excitó á Napoleon este libro, aunque sin inspirarle la mas leve inquietud por su gloria, expresándose de este modo.—Si viviera Federico el Grande y criticara mis campañas, eso se podría tomar en serio, si bien no me faltarian respuestas; y añadia con alusion al general Rogniat y á algunos otros; pero estas gentes no son capaces de producir la mas leve alarma.—Aun tratando al general Rogniat de esta suerte, le hizo el honor de una respuesta en forma de notas, que valdrá á la obra asi anotada, una inmortalidad á que de seguro no llegara sin tal auxilio. Napoleon trazó en estas notas con sin par estilo por la claridad y la concision y el vigor los principios de su arte hasta sus mas mínimos pormenores, y asimismo añadió en pocas páginas un resumen de las campañas de los mas célebres capitanes. Jamás se habló con mayor elevacion y sencillez de las cosas mas grandes, pues los hombres y las cosas de que se trataba alli eran Alejandro, Anibal, César, Federico, Napoleon, y sus acciones referidas á los principios generales sobre la política y la guerra. A esto se ha de agregar tambien que nunca la mediania denigradora fue castigada tan cruelmente ni desde tan arriba.

Pero este fué el último destello de su génio, y aun se puede añadir que de su vida. Tras de desplegar una actividad singular por espacio de algunos meses, con la buena estacion declinó de pron-

to, y en la segunda mitad del año de 1820 su salud fué mala hasta lo sumo. Nuevamente viósele sedentario, triste, perezoso de cuerpo, y perezoso hasta de alma, y no tuvo tiempo mas que para acabar las vidas de Cesar, de Turena y de Federico. Ni aun le pudo reanimar á últimos del año de 1820 la vuelta de la bella estacion en aquel hemisferio. Ya no hacia ejercicio y notaba que se le hinchaban las piernas y se le enfriaban los piés, y se le levantaba el estómago á la vista de los alimentos. Desde entonces ya no dudó de su fin cercano, y con cierta especie de satisfaccion vió aproximarse la muerte, sin sentir mas que no tener espacio para llevar lo que habia proyectado escribir á feliz remate.

Nunca habia pensado formalmente en una evasion de su cautiverio. Vigilada estaba la isla de forma de no dejar paso al mas pequeño esquite, y además la guarda en torno de su persona era tal que le fuera imposible ocultarse durante algunas horas sin ser hallado nuevamente, aunque se escondiera en los pliegues mas hondos del terreno. Bien puede ser que la aversion que sentia hácia el oficial encargado de seguirle á caballo no reconociera otra principal causa que la imposibilidad de librarse asi de sus guardadores. De todos modos lo cierto es que una evasion le parecia punto menos que impracticable. Otra razon de mayor bulto le movia á no pensar en ella. Contemplando como observador profundo el curso de las cosas, diariamente echaba de ver que sin su persona se acomodaba á pasar el mundo, aun cuando sin dar al olvido su gloria. Por este motivo se juzgaba como excluido para siempre de la escena. Su única es-



peranza hubiera sido la de obtener otra morada; pero, aun viendo un cambio de los espíritus en Inglaterra, no consideraba el triunfo de los wibgs muy cercano, y lo de que fuesen capaces de restituirle nunca la libertad no lo suponía tampoco. De lord y de lady Holland recibió muestras de interés muy tiernas, porque esta noble familia opinaba que muy bien se podía custodiar á este gran cautivo, sin sujetarle á tortura. Libros le había enviado y frutas y vinos, y lo que era más dulce para su alma, testimonios de simpatía, que le demostraban no ser blanco del universal odio. Pero de estos testimonios individuales á una gran resolución del gobierno existía una enorme distancia. En favor suyo no tenía ya la mas leve esperanza, y la muerte es la sola esperanza del que ya no abriga ninguna. Algunos escritos no acabados eran un motivo para que aceptase una prolongacion de la vida, mas para deseársela muy leve era el motivo á todas luces. ¿Qué podían añadir algunas páginas mas á su fama? Preciosas para el corto número de hombres capaces de formar juicio sobre ellas, no añadirían un átomo á la inmensidad de su gloria. Por consiguiente veía la muerte sin el horror que inspira á los seres animados, y si en algunos instantes se le despertaban ciertos apetitos oscuros de la vida, que del instinto físico son puro efecto, su alma entera acogía á la muerte como una amiga, que llegaba á abrazarle con sus manos la prision horrorosa de Santa Elena. Además confirmábanle en esta disposicion de ánimo ciertas circunstancias de detalle. A pesar de la partida de su mujer y de sus hijos, Mr. de Montholon continuaba en Santa Elena, cuidando de no revelar el menor deseo de ir en

su busca, pero esta adhesion no podía ser eterna, porque al cabo el general había de pensar en su familia; vuelta á Europa sin haberla acompañado. Hospedada á alguna distancia de Longwood y siempre asidua aunque triste, la familia de Bertrand contaba también muchos hijos, cuya educacion era necesaria, y no podía prescindir de esta obligacion por mas largo tiempo. Con efecto, Mad. Bertrand había anunciado respetuosamente á Napoleon que por tal causa abandonaría pronto á Santa Elena. Aun cuando Napoleon distara mucho de criticar determinacion semejante, le afectó muy al vivo. Se le alcanzó que el gran mariscal Bertrand no permitiría que su mujer emprendiera sola un viaje tan largo como el de Europa, y le autorizó para una ausencia, cuya duracion dependería de las circunstancias. Aun cuando la familia de Bertrand no endulzara tanto como la de Montholon su vida, ya por vivir á alguna distancia de Longwood y ya también por la índole de su génio, con todo, estimaba la noble probidad del gran mariscal y la elevacion de corazon de su esposa, y se mostró muy sensible á la pena de ver reducida antes de mucho la colonia desterrada á Mr. Marchand tan solo, y le decía estas palabras.—Tú no tienes hijos que educar y tú me cerrarás los ojos. Tú me harás la lectura, algunas páginas escribirás todavía, y te irás luego. Mas ya veo que también es fuerza que yo me vaya.—

Finalmente, comenzó este año de 1821, que para Napoleon debía ser el último de su grande existencia. A principios de enero experimentó alguna mejoría, que fué de duracion muy corta.—Este es un respiro de una ó dos semanas, dijo tran-



quilamente, al cabo de las cuales volverá la enfermedad y seguirá su curso.—Aun dictó á Marchand algunas páginas sobre César, y fueron las últimas de todas. Por los periódicos supo hacia este tiempo la muerte de su hermana Elisa, que sintió en el alma. Desde que entró en la edad de la razón no había fallecido ningún miembro de su familia.—*Ea, dijo entonces, me enseña el camino, y seguir-la es necesario.*—Pronto los síntomas ya observados reaparecieron con toda su fuerza. Napoleon tenía la tez livida, la mirada siempre pujante, si bien los ojos hundidos, las piernas hinchadas, frias las extremidades, y en tan mala disposición el estómago que de seguida volvía los alimentos, y á la par arrojaba materias negruzcas. Así transcurrió el mes de febrero sin ninguna mejoría, y antes por el contrario presentando síntomas más graves. A causa de no digerir alimento alguno, el agosto enfermo se debilitaba de día en día. Ya le empezaba á mortificar una sed ardorosa: á pesar de ser muy lento de costumbre, se le aceleraba y hacia febril su pulso. Aire deseaba respirar y no podía soportar su impresion de ningún modo. La luz le fatigaba por extremo; no salía de los dos pequeños cuartos, donde se habían tendido sus dos camas de campaña, y se hacia trasladar de una á otra. Ya no dictaba nada, pero hacia que le leyesen á Homero, y las campañas de Anibal en Tito Livio, pues á Polibio no lo pudo haber á las manos.

Aun se agravó más su estado durante el mes de marzo, y deseoso el día 17 de respirar libremente, se hizo llevar al coche; pero estuvo á punto de perder el sentido así que le dió el aire, y fué preciso meterle en la cama, donde debia exhalar el último

aliento, y dijo de este modo:—Ya no soy aquel arrogante Napoleon á quien tanto vió el mundo á caballo. Ya pueden estar tranquilos los monarcas mis perseguidores, yo les restituiré la seguridad muy pronto.—De Napoleon no se apartaban sus fieles servidores. Marchand y Montholon velaban á su cabecera de día y de noche, y se les mostraba agradecido por extremo. Tanto el gran mariscal Bertrand como su esposa le anunciaron que no partirían de Santa Elena, y tambien se lo agradeció cordialmente. Habiendo solicitado permiso el gran mariscal para que le visitara su esposa, Napoleon respondióle de seguida:—No estoy bien para visto. Cuando esté mejor recibiré á Mad. Bertrand. Decidla que estoy reconocidísimo á su adhesion á mi persona, que la ha retenido seis años en este desierto.—

Reducido á situacion tan desesperada, no saliendo de sus aposentos, no viendo más que á sus más íntimos amigos, no pudiendo soportar ni la luz ni el aire, absolutamente invisible se habia hecho para sus guardadores. De resultas el desgraciado sir Hudson Lowe estaba poseido de espanto, como si una enfermedad tan grave, y la pesadumbre que en Longwood se pintaba sobre los rostros de todos pudiesen ser un fingimiento destinado á ocultar una evasion del cautiverio. Atentísimo el oficial de servicio no abrigaba la más remota duda, y así trataba de tranquilizar al gobernador asegurándole que la enfermedad era verdadera, y que se resentia de inútil atormentar al ilustre cautivo, para aspirar á verle á toda costa. No participaba sir Hudson Lowe de seguridad semejante, é inquietos de igual modo encontraba á los comisionados. Austria habia llamado á Mr. de Stur-



mer de la isla, por saber á fondo que nunca dejaría Inglaterra escapar su presa, y que por consiguiente, la presencia allí de un enviado austriaco no servia mas que para hacerla responsable ante la opinion universal de los tratamientos con que se mortificaba al yerno del emperador Francisco II. Mr. de Balmain se habia casado con la hija de sir Hudson Lowe, y generalmente participaba de sus opiniones. Por lo que hace al enviado francés Mr. de Montchenu deseaba ardientemente adquirir la certidumbre de la presencia del prisionero, y queria que se adoptasen á todo trance los medios necesarios para salir de la actual duda. Bajo el dominio de tales impresiones, sir Hudson Lowe previno al cabo al oficial de servicio que forzara la puerta del enfermo, si era necesario, para asegurarse de su presencia, pues en el transcurso de quince dias no se habia podido comprobar con sus propios ojos. Portándose el oficial de servicio con delicadeza extremada, á monsieurs de Montholon y Marchand dió noticia de su apuro, afirmándoles que no ejecutaría la orden de forzar la puerta de Napoleon en ningun caso, si bien les rogó que le proporcionaran el medio de verle para salir de embarazos. Mr. de Montholon, que no siempre veia á semejanza del gran mariscal de por medio el honor de Napoleon en tales quisquillas, se entendió con el oficial de servicio, y por la parte de fuera hizo que se colocase junto á una ventana, la cual entreabrió en el momento de ser trasladado el enfermo de una cama á otra. Asi pudo el oficial ver su noble rostro ya falo de color y enflaquecido por la muerte, y se apresuró á escribir al gobernader que no se representaba en Longwood una horrorosa comedia.

Apenas este gobernador infeliz se libraba de un sobresalto se sentia acometido por otro, y despues de haber tenido aprension de que se le escapara su prisionero, ahora le remordia la conciencia de dejarle morir sin auxilio. Asi instó para que se agregara un médico de la isla al doctor Antomarchi, lo cual le proporcionaria un testigo perenne del ilustre cautivo, y noticias de su dolencia, y serviria de contestacion á los que en Europa le acusaran de haber privado al glorioso enfermo de los socorros del arte. Para cubrir su responsabilidad pedia el doctor Antomarchi la asistencia de uno ó dos médicos por entonces. Pero Napoleon resistió de plano, por no querer que se le atormentara con ensayos curativos, en cuyo éxito no tenia fé alguna. Sin embargo habia un médico perteneciente al 2.º regimiento y que gozaba de general estimacion en Santa Elena. Cediendo Napoleon á las instancias de sus amigos, se avino á admitirle á su lado, le recibió con benevolencia, le repitió lo que aludiendo á su salud habia ya dicho muchas veces, á saber, que era *una batalla perdida*, hasta aparentó dar oidos á sus consejos, si bien no siguiendo ninguno, pues decia que deseaba morir en reposo.

A los últimos dias de abril llegó de esta suerte, sin abrigar ya ni apetecer la mas remota esperanza, y mirando ya su fin como inmediato. Entonces resolvió hacer su testamento. Cerca de 4.000.000 de francos le quedaban en casa de Mr. Laffitte, además los réditos de estos fondos, y una suma de dinero confiada al príncipe Eugenio. De esta última suma habia tomado 200 ó 300.000 mil francos, por conducto de Mr. de las Cases, cuando és-



te retornó á Europa. Asi pudo salvar los 350,000 francos en oro, que habia llevado á Santa Elena. Entre el gran mariscal y Mr. de Montholon y Marchand y los demás criados los distribuyó para que tuvieran todos con que volver á Europa y establecerse por de pronto. De los 4.000,000 que le quedaban en Francia, dos dejó á Mr. de Montholon á fin de proporcionarle un bienestar suficiente; á la familia de Bertrand dejó 700 ú 800,000 francos; á Marchand 500,000 poco más ó menos, dándole además el collar de diamantes de la reina Hortensia, y haciéndole en union del gran mariscal Bertrand y de Mr. de Montholon su ejecutor testamentario, por recompensa de una adhesión nunca desmentida. A los demás criados hizo mandas proporcionadas á su clase, atendiendo á proporcionar á todos una existencia holgada despues de su muerte. Aunque medianamente satisfecho del doctor Antomarchi, reconociendo sus atenciones, le legó 400,000 francos; tambien se acordó del abate Vignale, único sacerdote que se mantuvo á su lado de los dos idos á Santa Elena, y ni aun descuidó á sus criados chinos, que tan bien le habian servido. Tras de atender á todos segun sus recursos, reunió los objetos de algun valor y que podian ser para aquellos á quienes los legara íntimos recuerdos, y de ellos dispuso en su testamento á favor de su hijo, de su madre, de sus hermanas y de sus hermanos. No olvidó á lady Holland y lególa una de sus cajas de tabaco. A estas mandas añadió algunas palabras afectuosas para Maria Luisa. Ninguna ilusión conservaba respecto de esta princesa, bien que en ella queria honrar á la madre de su hijo. Muchos dias consagró á arreglar estas disposi-

ciones, y á escribirlas posteriormente, interrumpiendo la tarea en ocasiones, á causa de vencerle el cansancio y los padecimientos. Al fin las dió remate, y fiel á su espíritu de orden hizo redactar un acta de la entrega de su testamento y de cuanto poseia á sus ejecutores testamentarios, con el fin de que no se pudiera suscitar ninguna disputa despues de su muerte. Tambien recomendó que se observaran los ritos del culto católico en sus funerales, y que su cadáver se depositara en el espacioso comedor ya transformado en oratorio, donde se le decia Misa. Al oír el doctor Antomarchi hacer estos encargos al abate Vignale, no pudo contener una sonrisa, y Napoleon tomola como una falta de respeto á su autoridad, á su genio y á su muerte, y le dijo con muy severo tono.—Joven, quizá tenéis demasiado talento para creer en Dios; yo no he llegado á tal punto..... *No es ateo el que quiere.*—Esta leccion severa y dada en los términos dignos de un grande hombre moribundo puso al jóven médico en grande embarazo, y asi confundióse en excusas, é hizo profesion de las ideas morales más sanas.

Estos preparativos de muerte habian fatigado á Napoleon hasta lo sumo, y acelerado por decirlo asi su última hora. Sin embargo experimentó una especie de alivio moral y físico al ver sus asuntos definitivamente arreglados, y asegurada la suerte de sus compañeros segun sus recursos. Sonriendo ante la muerte con tanta dignidad como agudeza, por entonces dijo á Mrs. de Montholon y Marchand, que no se apartaban de su lado.—*Despues de haber puesto en orden mis cosas, seria verdaderamente una lástima no morirme.*—



Ya se estaba á fines de abril, y el mal se hacia de instante en instante más amenazador y más doloroso. No cesaban los espasmos, ni los vómitos, ni la calentura, ni la sed ardiente. De vez en cuando tomaba Napoleon algunas gotas de agua fresca, hallada á la falda del pico de Diana, y hácia la parte donde hubiera querido que se fijase su morada, y sentia algun consuelo.—Mi deseo, dijo, es ser enterrado á orillas del Sena, si alguna vez se hace posible, ó en Ajaccio dentro del heredamiento de mi familia, ó finalmente si para mi cadáver ha de durar el cautiverio, junto á la fuente á la cual debo este alivio.—Se le prometió así con las lágrimas en los ojos, porque no se le ocultaba su estado, que por sí veia tan á las claras. Luego dijo á sus amigos que tenia en torno:—Vosotros vais á volver á Europa; allí volveréis con el reflejo de mi gloria, con el honor de una adhesion noble. Allí vivireis considerados y felices.... Yo me voy á juntar á Kleber, á Dessais, á Lannes, á Maséna, á Bessiéres, á Duroc, á Ney.... Me saldrán al encuentro.... una vez más sentirán la embriaguez de la gloria humana.... Y hablaremos de lo que hemos hecho, y platicaremos de nuestro oficio con Federico, con Turena, con Condé, con César, con Anibal.... Luego, parándose de pronto, añadió con singular sonrisa.... *A no ser que allá arriba como aquí abajo se tenga miedo de ver á tantos militares juntos.*—Esta ligera chanza mezclada á este lenguaje solemne enterneció profundamente á los circunstantes. Ya el 4.º de mayo pareció anunciarse la agonía, y los padecimientos fueron casi continuos: consumido vióse Napoleon el dia 2 y el dia 3 por la calentura, y víctima de violentos es-

pasmos. Cuando los padecimientos le permitian algun respiro, su espíritu se despertaba radiante, y se mostraba tan lúcido como sereno. En uno de estos intervalos dictó algunas notas relativas á la defensa de Francia en caso de ser invadida, bajo los títulos de ensueño primero y segundo. Ya el dia 3 comenzó el delirio; entre frases cortadas se recogieron estas expresiones.... *Mi hijo.... el ejército.... Dessaix.*—Al notar su agitacion se pudiera creer que era una postrera vision de la batalla de Marengo, vuelta á ganar por la presencia de este caudillo. Sin interrupcion duró el dia 4 la agonía, y el noble semblante del héroe parecia cruelmente atormentado. El tiempo estaba horrible, como que era la mala estacion de Santa Elena. Ráfagas de viento y de lluvia arrancaron de raiz algunos árboles recientemente plantados. Finalmente, el 5 de mayo no se dudó que habia llegado el dia postrero de esta existencia extraordinaria. Todos los servidores de Napoleon de rodillas alrededor de su cama estaban atentísimos á los últimos fulgores de su vida. Por desgracia estos últimos fulgores daban muestras de muy crueles padecimientos. Con respetuoso interés escuchaban los oficiales ingleses situados á la parte de fuera lo que les decian los criados de los progresos de la agonía. A la caída de la tarde, debilitándose el dolor con la vida, se hizo general el frio, y ya pareció que la muerte se apoderaba de su victima gloriosa. Este dia el tiempo habia tornado á estar calmoso y sereno. A las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde, cabalmente á la hora en que se ponía el sol entre olas de luz y en que retornaba el cañon inglés de ordenanza, los numerosos



testigos que rodeaban al moribundo, notaron que ya no respiraba y clamaron que habia muerto. De respetuosos besos le cubrieron las manos, y Marchand, que habia llevado á Santa Elena la capa con que el primer cónsul estuvo en Marengo, con ella envolvió su cuerpo, sin dejar al descubierto nada más que su noble cabeza.

A las convulsiones de la agonía, siempre desgarradoras á la vista, habia sucedido una calma llena de magestad. Aquella figura, de tan rara belleza, restituida á la delgadez de la juventud y envuelta en la capa de Marengo, al parecer habia devuelto á los que le contemplaban al general Bonaparte en toda su gloria.

Tanto el gobernador como el comisionado franceses quisieron apacentar en este espectáculo sus ojos, y ambos mostraron el debido respeto ante esta muerte tan extraordinaria como la vida á que habia dado remate.

Durante los seis años recién transcurridos, Napoleón habia expiado el miedo que inspiraba al mundo, y los encargados de su custodia habian cedido á este miedo con mas ó menos crueldad, porque el miedo es cruel de suyo, segun se hallaban de la víctima á mayor ó menor distancia. Como los oficiales de servicio le veian de cerca no podian prescindir de interesarse por su persona, y de aligerar sus hierros, siempre que estaba á su alcance. Sir Hudson Lowe no le veia directamente, y se manifestaba quisquilloso, y á veces perseguidor por desconfianza ó resentimiento, y tambien otras veces se dejaba ablandar al oír la relacion de los padecimientos de su cautivo. A dos mil leguas de distancia, sin ver de los padecimientos de

la víctima absolutamente cosa alguna, y poseido de lleno de las pasiones de Europa, lord Bathurst se habia mostrado implacable. Un triste legado ha dejado á su patria, porque si la justicia dicta que para tener á Napoleón custodiado habia derecho, asimismo dicta que para oprimirle con tormentos y humillaciones no habia ninguno.

A tenor de las instrucciones de Napoleón se le hizo la autopsia, y se hubo de deducir que un cáncer en el estómago fué la principal causa de su muerte. Una ligera hinchazon del hígado acreditaba que el clima habia ejercido cierta influencia sobre su estado, aunque la menos decisiva. Lo indisputable es que la pesadumbre, la desesperacion oculta y sobre todo la falta de ejercicio aceleraron el curso de la enfermedad y anticiparon su fin en un número de años de determinacion imposible.

Al inspeccionar el cuerpo se notaron varias cicatrices, algunas muy ligeras, si bien tres de ellas muy marcadas. De estas tres se divisaba la primera en la cabeza, la segunda en el dedo anular de la mano izquierda, la tercera en el muslo izquierdo, ésta bastante honda y resultante de haber recibido en el sitio de Tolon un bayonetazo. Origen histórico no se puede señalar á ninguna otra. De las medidas tomadas y de la descripcion exacta del cadáver resulta que Napoleón tenia cinco pies franceses y dos pulgadas de estatura, el cuerpo bien proporcionado en todas sus partes, notables el pie y la mano por la regularidad de su forma, anchos los hombros, el pecho desarrollado, el cuello algo corto, si bien sustentando recta y firme la cabeza mas vasta y mejor configurada que la ciencia anatómica haya examinado nunca, y por



fin, un rostro cuya belleza habia respetado la muerte, y del cual los contemporáneos han conservado un inextinguible recuerdo, y del cual dirá la posteridad al compararlo á los mas célebres bustos antiguos que fué uno de los mas hermosos dados por Dios como expresion al génio. Su vida tan colmada y que parece abarcar siglos, no duró mas que cincuenta y dos años. Mrs. de Montholon y Marchand le vistieron el uniforme que se solia poner con mas gusto, el de cazadores de la Guardia y le calaron el pequeño sombrero, que habia cubierto siempre su cabeza poderosa. Un solo sacerdote y algunos amigos oraron durante muchos dias junto á su cuerpo inanimado. ¡Sorprendente contraste en armonia con todo este final de carrera de una profunda soledad en torno del hombre á quien habia rodeado y adulado el universal! Con todo, en honor del soldado hay que decir que los militares ingleses no cesaron de desfilar alrededor de su atahud mientras estuvo de cuerpo presente. Por fin, cuando estuvo concluido el sepulcro, abierto cerca de la fuente, cuyas aguas le habian proporcionado algun alivio, sus amigos, seguidos del gobernador de la isla, del estado mayor, de los soldados de la guarnicion y de los marinos de la escuadra, le llevaron al lugar donde habia de yacer en reposo hasta el dia en que á tenor de sus deseos fuera trasladado á las márgenes del Sena. Los soldados ingleses hicieron oír á este inanimado cuerpo los últimos cañonazos, y tras de prosternarse sus compañeros de destierro sobre el sepulcro donde se acababa de encerrar la mas grande existencia humana desde César y Carlomagno, se aprestaron á regresar á Europa. Para terminar la

larga série de lecciones que salen de este sepulcro hay que añadir que fueron acogidos con interés general hasta en Inglaterra, y que el desventurado sir Hudson Lowe, simple ejecutor de la voluntad de su gobierno, con frialdad fué recibido por sus compatriotas, con ingratitud por los ministros á quienes habia prestado obediencia, y con cierta especie de embarazo hasta por sus mismos amigos. ¡Eterna justicia de arriba ya visible aquí abajo! ¡Napoleon habia expiado en Santa Elena los tormentos causados al mundo, y los instrumentos del castigo expiaban ahora la falta de no haber respetado la gloria y el génio en su persona!

Antes de terminar la presente historia, que se nos perdonará haber hecho tan larga, en consideracion á la inmensidad de los sucesos que abarca su relato, se nos permitirá que sobre el personaje extraordinario que la llena toda pronuncemos el fallo de la posteridad, á lo menos en el grado en que un hombre se puede hacer intérprete de ella, aun cuando este hombre fuera tan justo y tan ilustrado como tendremos, no la persuasion, sino el deseo de serlo nosotros.

Napoleon habia nacido con un espíritu entero, vasto, universal y especialmente pronto, y con un carácter no menos rápido y penetrante. Derechamente y sin rodeos iba al fin siempre en todo. Si se trataba de un racionio, de golpe hallaba el argumento más al caso, si de una batalla, al punto daba con la manobra decisiva. En su persona daban concebir, querer, obrar, eran un acto indivisible y solo, de una rapidez increíble, de forma que entre el pensamiento y la accion, ni para reflexionar y decidirse habia un instante perdido. A un génio